# Historia de zombis

Decir o escribir esa verdad me libera de seguir mintiendo que estoy vivo. Decir que ya he muerto es empezar mi historia por el final. Recuerdo los viejos talleres literarios en que nos daban veinte minutos para escribir un cuento y cuando se había cumplido el lapso y había que darle un final a la historia no quedaba más remedio que terminar con la frase casi infantil “..y se murió ..”. Eso me hace pensar que Dios es también un tallerista aburrido que termina todas sus historias con una muerte.

Ya estoy muerto y lo digo voz alta, buscando que resuene en esta sala donde escribo a solas; a solas o rodeado de otros muertos como yo. Quiero que suene como el primer acorde de un HardDay'sNightbeatlesco y póstumo. Ya estoy muerto pero escribo, y eso confirma que no hace falta ser muy vivo para escribir algo. Claro que para escribir bien hace falta haber vivido mucho. En esta o en otras vida. Haber vivido mucho requiere haber muerto, también, muchas veces. Nacer y morir varias veces para vivir varias vidas.

Haber muerto y seguir escribiendo me convierte automáticamente en una especie de zombi.

Una extraña variedad de zombi no prevista por las películas de Hollywood, con la particularidad de carecer de la ambición de devorar cerebros ni cuerpos humanos. Devorando, eso sí, desde adentro mis propias neuronas y conexiones cerebrales hasta hacer colapsar mis recuerdos y emociones. Que no quede ninguna.

Ya estoy muerto porque ya no me animan los deseos e ilusiones de antes. Soy el zombi que escribe mientras otros devoran gente. Zombis que inventaron los yanquis para tener algo contra quienes disparar sin ningún tipo o de culpa. En forma masiva y con mucho despilfarro de sangre. Ya sin entrenarse para poder disparar, esta vez sí, contra gente viva, pero que de lejos parece muerta, una horda de Muertos vivos, habitando territorios lejanos inundados de petróleo.

Somos una nueva clase de zombis con la manía obsesiva de estar mirando un punto fijo en un celular. El celular como antes la televisión son buenos blancos fijos donde posar la mirada y el pensamiento para quitarla del centro confuso que habita en nuestra mente.

Yo miraba televisión 12 horas por día, hacía zapping. No me quedaba más de un segundo en cada canal. En un momento sentí un ligero cansancio, una saturación. Apagué la tv y lo que vi me hizo pensar. Al oscurecer la pantalla, el vidrio y el fondo oscuro del televisor actuaron como un imprevisto espejo en el que me vi reflejado. Vi un tipo tirado sobre el sofá de la forma más impresentable, parecía una marioneta a la que le habían cortado los hilos, una criatura abandonada, casi sin vida. Entendí que quizá había sintonizado un único y sombrío canal donde podía verme y el programa en esta señal no era nada divertido. Era, en cambio, la triste evidencia de que en mi propia vida no pasaba nada y entendí que la vista es el sentido más mentiroso, todo lo que podemos ver parece. Las cosas cercanas parecen realmente cercanas, casi propias, o al menos con más al alcance de las manos, pero claro, cuando la naturaleza nos dotó de ojos no había televisión, así que los ojos no podían mentirnos. Caramente estaba frente a un objeto confuso, una ventana perversa que absorbe nuestros días, nuestros años y al mismo tiempo nos clasifica nos divide en productores o consumidores; los que están de aquel lado de la pantalla son los que realmente actúan, hacen algo, hablan juegan ganan o pierden campeonatos de fútbol cómo hacen el amor, chocan autos, adelgazan 10 kg y detienen la caída del pelo. De este lado sólo absorbemos, observamos como ellos lo hacen o, para ser más precisos, miramos TV, nos levantamos para ir al baño, dormimos cambiamos los canales y pagamos la televisión por cable. Este fue quizá es el hombre del televisor.

Y ahora los zombis son extrañas criaturas que se comen su propio cerebro.

Y yo soy un zombi incipiente que apenas comienzo a devorar mis propios labios.

Rodeado de zombis. Unos zombis muy particulares que tienen la costumbre de devorar sus propios cerebros. Como yo que desangro mis neuronas para poder extraer hasta el más pequeño recuerdo de la última navidad. Navidades que cuando era niño se anunciaban con una serie de sucesos auspiciosos: el fin de las clases, el comienzo de las vacaciones, la llegada de los primeros calores, el viaje a la casa de mis tíos, la visión más o menos clara de cierta constelación que era, me aseguraban, la estrella de Belén, pero por sobre todas estas cosas mi madre, mi mamá armando el árbol de navidad, armando un pesebre, haciendo las compras de frutas y verduras para la cena navideña, la voz de mi madre, el perfume del ananá, el deseo de juguetes nuevos, la felicidad de ver a toda la familia reunida, el estallido de algunos fuegos artificiales, el olor a pólvora, los tíos preparando el clericó en una vasija de barro, la casa de la abuela, los amigos del barrio, la espera de papá Noel. Y por sobre todas esas cosas: la imagen de mi madre, intentando lograr que la navidad sea una época de felicidad para mí y para mis hermanos, tan carentes de motivos de dicha durante el año.

La categoría de Amor a Primera vista sugiere toda una clasificación de amores según surja en diferentes episodios temporales. Así pensado habría amores a segundas, terceras, cuartas vistas, y así hasta el infinito. El enamoramiento hacia Nora, sería entonces un amor a la milésima vista.

……

Los yanquis inventaron las películas de zombis para poder matar con armas de fuego sin culpa, a fin de cuentas, ya están muertos.

Básicamente todo el tiempo estamos haciendo inferencias, no recordamos el hecho concreto,

pero suponemos que tiene que haber sido así

Los peores zombis son aquellos que devoran tu tiempo y tienen extrañas formas: facebook, las redes sociales. Lo único que tenemos es tiempo. Ni siquiera tenemos el dinero. El dinero nos tiene a nosotros. Pero tenemos tiempo. Cuando todavía tenemos tiempo. Todo lo que tenemos es tiempo. La vida es tiempo. En la muerte no hay tiempo. Con la muerte ya no hay tiempo.

Dejo de seguirte.

………………………